

2
IMPORTANTE:

Al público

En vista de los numerosos pedidos que todos los días nos llegan de números atrasados de nuestras publicaciones, nos place comunicar a nuestros amables lectores que desde primeros de abril existirán depósitos de todas nuestras publicaciones en todos los quioscos y librerías de España. Es, pues, el momento de completar sus colecciones.

IMPORTANTE:

A LOS CORRESPONSALES

Con el fin de que puedan contentar a todos los clientes en cuanto a las demandas de números atrasados y para evitarles momentáneo desembolso, esta Dirección, de acuerdo con sus distribuidores, ha decidido establecer depósitos de los números atrasados de todas nuestras publicaciones. Si no ha recibido dicho depósito y lo desea, pida las colecciones que necesite a

Sociedad General Española de Librería,

Diarlos, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barbado, 16, BARCELONA. Ferraz, 21, MADRID. Ferroncarri, 20, IRUN

J. Horta, impresor. - Barcelona

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 241

25 cts



EL
JAZZ BAND
DEL "FOLLIES"

POR
ZAZU PITTS,
TOM MOORE y
LILYAN TASHMAN

Filmoteca
de Catalunya

Carmen Vargas
**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

Propietario: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción | Vía Layetana, 12
Administración | Teléfono, 4423 A

Año V BARCELONA N.º 241

El "Jazz-Band" del "Follies"

Sugestiva novela americana,
interpretada por los siguientes artistas:

Conrad Nagel, en el papel de la visión.

<i>Norma Shearer,</i>	»	»	Frances White.
<i>Tom Moore,</i>	»	»	Carlos Cassidy.
<i>Lilyan Tashman,</i>	»	»	Selma Larson.
<i>Zazu Pitts,</i>	»	»	Margarita Keenan,

etc.

Producción

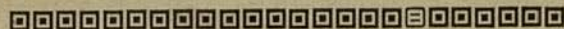
Metro - Goldwyn

Exclusiva de

METRO - GOLDWYN - CORPORATION

Mallorca, 220. - Barcelona

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
HELENE CHADWICK



El "Jazz-Band" del "Follies"

Argumento de la película

Nueva York.

Triunfa en el "Follies" la revista frívola en un prólogo, veinte cuadros, tres epílogos, para que el público pueda escoger el que más le guste, y cuatro cosillas a telón corrido. Total, hagan la suma y habrán edificado una de las casas de aquella ciudad tan renombrada desde que salió a luz, en las oscuras, el cine.

La orquesta del teatro, unos momentos antes de dar comienzo el espectáculo, se distrae tirando de la oreja a Jorge.

Gente de poco dinero, el que pierde no está para sonos en toda la noche, y sopla o hace vibrar las cuerdas con más deseos de romper el instrumento en la cabeza de cualquiera de los "conquistadores" de primera fila, que otra cosa.

De pronto suena el timbre del avisador, y los "profesores" se disponen a abandonar los naipes... hasta el próximo intermedio.

Prohibida la
reproducción

*Revisado por la
censura gubernativa*

Uno a uno van desapareciendo por estrecha puerta, y por una corta escalerilla alcanzan su sitio bajo las candilejas.

Entre esos músicos hay uno, Carlos Cassidy, el que mete más ruido que todos juntos, porque es el "jazz-band", que siempre llega unos segundos antes de empezar la función, para no tener que aceptar nunca la invitación de sus compañeros a hacer con ellos un poco el "burro", pues además de tener la convicción de que saldría siempre perdiendo dinero, no es partidario de usar sus nervios en cosas que no conducen más que a enemistarse con los amigos, o, al menos, a entibiar la amistad, porque no hay nada peor que perder dinero...

Sentémonos en cómodas butacas. Vamos a presenciar el espectáculo.

Rompe el fuego la orquesta. Airosa introducción. Los de primera fila abren los ojos hasta el máximo. Algunos se aseguran de que su cartera no se ha movido de sitio...

Se descorre la cortina y aparecen en escena muchas caras bonitas, rematando cuerpos concienzudamente escogidos. Muy distinto de lo que ocurre en la vida real, para aquellos que saben lo que les conviene, en el teatro lo que interesa es el cuerpo, porque el alma no se ve. El teatro nos demuestra que nuestros ojos se dejan deslumbrar por lo que se ostenta, es decir, por lo que se puede alcanzar... mientras que el alma es un misterio, un verdadero problema que no nos tomamos la molestia de descifrar.

Las muchachas bailan, haciendo complicadas evoluciones que a fuerza de práctica parecen a

simple vista muy sencillas, por la forma de ejecutarlas, sin vacilación, de modo digno de todo aplauso. Sus pies, calzados con zapatos caprichosos, y sus piernas, bien torneadas, son como incensarios con perfume que marea si se aspira demasiado... Y qué decir de los brazos y el pronunciado descote y la faldita, tan vaporosa como un suspiro...

La revista ha sido "confeccionada" con mucha habilidad y buen gusto. Los cuadros preliminares, los que sirven de pretexto para retrasar los de valía, a fin de que los que siempre llegan tarde al espectáculo no los pierdan y critiquen por doquiera que la función no vale nada, son muy aceptables.

Y tras ellos empieza el turno de los números superiores.

El decorado representa un monte de Alaska, o de Rubí, pongamos por caso, para no ir tan lejos y no gastar tanto aquel nombre. Aparecen en escena una docena de coreográficas envuelta su cabeza, sus orejas, su cuerpo, hasta los muslos, con pieles, y desnudo el resto. Como se ve, hace mucho frío para según qué partes. Luego llegan dos exploradores, después la "estrella" y un negro, y otro blanco, y desciende la nieve, y un cow-boy, que se equivocó de camino, cae allí como llovido con la nieve. Todos cantan y bailan. El frío hace hacer muchas cosas. De repente, la música anuncia como un trueno. Pero no es tal trueno, sino la llegada de otra artista, vestida, aunque grotescamente, de guía de exploradores por el monte blanco.

La "estrella", al ver a esta última, frunce el

ceño, pero para ella, no para el público, que ese detalle no está en la obra.

Y es que entre todas las beldades que figuran en la representación de una producción teatral hay siempre una artista que monopoliza la admiración y los aplausos. Esta artista es en el "Follies" la que se ha enojado al salir a escena la otra. Llámase Selma Larson y, a decir verdad, es bonita, pero insoportable por su vanidad.

Hay asimismo, en cada función, otra artista destinada a excitar la hilaridad del público, y ese cometido corresponde, en nuestra revista, a Margarita Keenan, que si no es bella, tan bella que pueda hacer sombra en atractivos a Selma, tiene un alma de oro... pero ésta, ya lo hemos dicho, está tan escondida...

Margarita, en su rôle de cómica ha merecido el favor del público. Apenas ha aparecido, un rumor de agrado ha prendido en la garganta de todos.

Selma, que ya no tiene nada que hacer, hasta el final del acto, en escena, se desliza a los bastidores, y, llena de enojo, protesta contra Margarita:

—Esa tonta entra siempre a robarme los aplausos con sus payasadas. Cualquier día la voy a escarmentar.

Nada más lejos de la mente de Margarita que perjudicar a una compañera, por orgullosa y antipática que ésta fuera. Se limitaba a cumplir con su obligación. Si bien era cierto que al salir ella a escena, los aplausos tributados a Selma por su canción habían cesado al momento, no lo era menos que Margarita no quería con-

seguir tal resultado. Salió porque tenía que salir.

El papel de Margarita era gracioso. Acompañada de una cabra — ya sabemos que la cabra siempre tira al monte —, se presenta a los que allí se hallan, y sentándose en una barra de hielo, refiere cosas extravagantes.

—¡Vaya con el animalito! Se engulló dos quesos de bola y no hace más que dar vueltas.

A continuación del trabajo de la cabra, que parecía una verdadera bola dando vueltas, Margarita canta con voz desarticulada:

*Yo no sé lo que me pasa,
pero el caso es alarmante;
dondequiera que me siento
me entra un frío penetrante.*

Tenía razón. El público se ríe. El frío se le metía por todos los poros... como el agua del hielo al derretirse con el calor producido por salva sea la parte.

Porque el hielo en que está sentada, es hielo de verdad. ¡Oh! En Nueva York hay mucha propiedad.

Y sigue el *couplet*.

*Por defenderme del frío
que acosa en estas regiones...
quiero un novio que me quiera
como yo sabré quererlo.
Quiero un novio, y por tenerlo,
me conformo con cualquiera.*

Tres o cuatro zancadas por aquí, tres o cuatro zancadas por allí, y repetición de la franqueza.

*Quiero un novio, quiero un novio
Me conformo con cualquiera.*

Entre bastidores, Selma, que ve con disgusto como se divierte el público con Margarita, comenta con una amiga suya, otra vanidosa:

—Pero ¿es que hay nadie que sea capaz de enamorarse de un adefesio semejante?

—Se necesitaría estar loco, hija, porque eso es un saco de huesos.

Margarita estaba sólo atenta a su trabajo.

*A ti te amaría
con loca ilusión...*

Se dirige a un viejo, que se ruboriza como un colegial que se ruborice, porque los hay que ya nacen "pálidos"...

*A ti te daría
todo el corazón.*

Esta vez Margarita se declara a un calvo. El único pelo que le resta a éste de su antiguo esplendor capilar, se eriza como la cresta de un gallo con arrestos... pero la esposa del vehemente espectador le llama al orden.

—Cuidadito, Telesforo, que yo estoy aquí y la gente nos mira.

—Déjala que mire, Plutarca. Ha sido una casualidad que esa mujer se haya fijado en mí,

y no es cosa de volverle la espalda, como un mal educado.

—Lo digo porque si nos ve la modista...

—¡Caracoles! Es verdad.

—Y el sastre...

—Tienes razón.

El buen hombre húndese en su butaca, para desaparecer detrás de los espectadores sentados en filas más adelante, y la esposa, satisfecha de que a su marido no le molesten más las artistas durante la función, se arrellana en su silla como Nerón en su trono.

Aaron Savage, el empresario del "Follies", está satisfecho de Margarita, y es tal vez el único que le tiene sincera simpatía.

Al terminar su número, Margarita es aplaudida con cariño, y los celos devoran a la soberbia Selma.

Sigue la representación. Una linda muñeca hace las delicias del público imitando los movimientos mecánicos de los juguetes.

Selma ha recibido, en tanto, una canasta de flores, y la tarjeta que acompaña el obsequio, dice: Gart Denning.

—¿Quién es este Denning? — se pregunta.

Para satisfacer su curiosidad lee un recorte de periódico fijado en la pared de su camarín, como guía de amigos interesantes:

EL SECRETARIO DE HACIENDA AUTORIZA
LA PUBLICACIÓN DE LOS IMPUESTOS RECAUDADOS

Rockefeller es el mayor contribuyente que hay en Nueva York durante el año 1923.

A continuación había la lista de los que seguían a Rockefeller, y Selma se detiene en el nombre que busca.

Garth Denning, banquero... Dólares 42.357,68

La cifra es agradable. Indudablemente, su admirador será bien recibido...

El espectáculo toca ya a su fin. Frances White, famosa bailarina, es un número excelente, por el arte y por la mujer que lo desarrolla.

El cuadro final representa los días de Luis IV. Mucha frivolidad y mucha finura.

Al caer el telón sobre el escenario hasta el día siguiente, los admiradores de tal o cual muchacha les mandan tarjetas o simples avisos de espera.

Las coristas se precipitan al camarín general, cuyo ambiente, de tanto perfume apesta a algo indefinible, y se desnudan prestamente, para acudir, las unas a otros sitios de trabajo, como *cabarets* que no cierran en toda la noche, y las otras, a las citas convenidas con sus amiguitos de ocasión o titulares...

Alguna debe haber, sin embargo, que no va a ninguna parte más que no sea su casa...

Isabel, la linda corista, la que sobresale de las demás por su cuerpo escultural, ha recibido una tarjeta, como casi todas las noches, pero distinta de la de ayer, porque todos los días, por decirlo así, hay alguien que se fija en ella. La tarjeta de esta noche dice:

¿Quiere usted invitar a una de sus compañeras y nos iremos a cenar con un amigo esta noche? ¡No me diga que no! — PABLO.

Isabel sonríe, escóndese la tarjeta en el pecho, y se arregla. A sus pies, en caja adecuada, una niña se bebe solita la leche contenida en un biberón. Es hija de la corista. Su gran amor.

Como no tiene a nadie que la cuide, y prefiere cuidarla ella misma, se la lleva a todas partes. No todas son iguales, hemos dicho, y la buena de Isabel es demostración de ello, con su lección de maternidad.

Margarita, en su camarín, se dispone a quitarse la pintura de su rostro. No ha recibido ninguna tarjeta. ¿Quién ha de fijarse en ella, como dijo Selma?

Mientras hace su *toilette*, entra en su camarín Isabel, que es buena amiga suya.

—Buenas noches, Margarita.

—Buenas noches, Isabel. ¿Te vas a marchar en seguida?

—Sí. La niña no está muy bien. No sé... Los dientes...

—Arrópala al salir. Si quieres algo...

—No, traje, con la ropita blanca, un abrigo. Gracias.

La tarjeta que recibiera de Pablo Tompson, gira en sus manos.

—¿Qué es eso? — pregúntale Margarita.

—Nada... Como siempre... Léela...

Margarita se entera de la invitación y mira atentamente a Isabel.

—Desde luego, tú no aceptas.

—Ni pensarlo... por ahora...

—¿Por ahora?... ¿Qué quieres decir?

—Nada... Que puede que necesite cambiar de conducta...

—¿Qué te sucede? ¿Has reñido con el novio?

—Los hombres son todos iguales. Al mejor no tiene el diablo por donde cogerlo.

—¿Qué ocurre, pues?

—No ha venido. ¿Quién sabe dónde estará!

—No seas tonta. Tú eres más afortunada de lo que crees. Y salta a la vista que él te quiere muchísimo.

—Pero siempre da largas al asunto de casarse, para que mi hijo tenga padre y tenga nombre.

—Ten fe en lo que ha prometido varias veces. Bien sabes que si no se casa en seguida es porque su hermana está a punto de casarse, y no quiere que antes de que ello ocurra se comente, como tú sabes que se comentan estas cosas, injustamente, desde luego, sus amores contigo y su santa unión. Espera, pues.

—Es que cada día que pasa me siento invadida de nuevos recelos.

—Te comprendo, pero yo, en tu lugar, convencida como lo estás de lo enamorado que de ti está Luis, no me desanimaría.

—¿Qué sabes tú de amor?

Margarita entrüsteció.

—En efecto — dijo —; ¿qué voy yo a saber de amor si no soy más que una mujer a la que pagan para hacer el payaso?

—No quise causarte pesar, Margarita... Perdóname... Estoy tan nerviosa...

—Lo sé, Isabel; y quiero que sonrías. Mira, aquí tengo una carta para ti. Es de Luis. Me la entregaron para ti hace un momento. Supongo que debe disculparse de no haber venido.

—¿De veras, Margarita?

—¿Ves como no te engañaba alentándote a tener fe? Yo no sé nada de amor, pero sé cómo se ha de querer, como quisiera que me amasen.

—¡Oh! Gracias, Margarita, gracias. Voy a leer esta carta con mi hijita, para que ella se entere también.

Isabel regresa al camarín general, y lee la carta. Luis se disculpaba de no haber podido ir al teatro, pero le prometía estar en su casa esperándola, para abrazar a la que pronto sería su mujer y a la hija de su corazón.

—¡Chiquilla, papá no nos olvida! ¡Ser bueno es lo mejor del mundo, hija mía! — exclama la corista abrazando a su tesoro.

Savage, el empresario, querido por Selma, la "estrella", ha de oír sus quejas contra Margarita.

—No estoy dispuesta a tolerar que esa imbécil salga a escena cuando me están aplaudiendo.

—Margarita lo hizo involuntariamente, para no retrasarse.

—¡Por lo que sea! El día menos pensado me enfadaré de verdad y verá usted lo que es bueno.

—Bien, no se ponga así, Selma. Avisaré a Margarita, y eso no sucederá más.

Savage dirígese al camarín de Margarita, mientras Selma, dejándose llevar por la furia de sus nervios, patalea en el suyo y no respeta ni vestidos ni objetos.

—¿Está usted visible? — pregunta el empresario, desde la puerta del camarín, a Margarita.

—Adelante.

Savage no se entretiene en preámbulos. Sabe

que la cómica es una muchacha razonable, y con hablar claro saldrá ganando.

—Oiga usted, Margarita, ¿no le parece que sería conveniente retrasar un poco su entrada a escena?

Una sonrisa dolorosa se dibuja en los labios de la sencilla mujer. Ha comprendido.

—Me parece una magnífica idea... como todas las de Selma.

—No me equivoqué respecto a su carácter, Margarita, y se lo agradezco mucho.

—Eso no tiene la menor importancia para mí...

—Si todas mis artistas se parecieran a usted siguiera un poco, viviría como en el cielo.

La doncella de la "estrella" interrumpe el diálogo entre Savage y la cómica para decir al primero que su señorita, que sigue furiosa, quiere que le cambien inmediatamente el decorado de su camarín.

—Voy allá, ¡caramba!

—¿Quiere usted un consejo, señor Savage? —dícele Margarita—. Donde hay patrón... no manda marinero.

—Si no fuera porque la temporada está adelantada...

Los empleados del teatro han sabido apreciar las cualidades que adornan a Margarita. Entre aquéllos hay una mujer de faenas que le ha cobrado mucho cariño. Aquella noche, al verla salir, la detiene y le dice:

—Le he traído el diario de que le hablé el otro día, señorita.

—¡Ah! Habla de sus buenos tiempos, ¿verdad? Deje que lo lea.

La humilde mujer le señala con el dedo una gaceta, y Margarita lee lo siguiente:

*Ruidoso triunfo de Carlota Kirke
en el Teatro del Parque*

La interpretación que da al papel de Sara entusiasma al público, que la aplaude sin reservas.

Nueva York, 12 de diciembre de 1906. — El Teatro del Parque, en el que había anoche un lleno completo, vió nacer a la celebridad a Carlota Kirke; que es ya, sin duda, la más popular entre todas las actrices de nuestros días...

Margarita, conmovida, devuelve el diario a la buena mujer, que fué esa Carlota.

—Con seguridad que era usted muy bonita, Carlota.

—Sí lo fuí... pero la hermosura no dura... y cuando no se sabe conservar... Sea usted siempre modesta como lo es hoy, señorita Margarita, y lo que no logre de los hombres con la vanidad, lo alcanzará, y de otro modo, con su simpatía. El peor defecto de una mujer es ser esclava de los elogios.

—Tiene usted razón... No olvidaré la lección.

A la salida del escenario esperaban varios coches y sus respectivos ocupantes o dueños. Las artistas y coristas iban saliendo y aparejándose, Isabel, ilusionada porque Luis la estaba esperando en su casa, da una broma a su admirador, al que sólo conoce por haberle sido presenta-

do una vez, durante un entreacto, por otra corista.

—Ya estoy aquí — le dice—. He traído una compañerita.

Pablo se sorprende al ver una niña en brazos de la interesante mujer.

—¿Es usted su madre?

—Lo ha conocido usted porque se parece a mí, ¿verdad?

—¿Va usted a dejarla en alguna parte?

—No; yo no me separo nunca de mi hija.

—¿Entonces...?

—Si quiere ser amable conmigo, hágame conducir en su *auto* hasta mi casa. Estoy fatigada y debo preparar el biberón a esta buena pieza.

—¿La acompaño?

—No quiero engañarle, señor Thompson. Prefiero ir sola. Si me viera mi... marido con alguien, se enojaría.

—Como guste. Mi *auto* está a su disposición.

Isabel, ansiosa de llegar pronto a su casa, no deja de aprovechar la ocasión de hacerlo en *auto*, y Thompson, del que se ríe su amigo, antes que quedar en ridículo sin llevarse consigo ninguna mujer, invita a dos coristas que han contemplado la escena con deseos de aceptar la "ganga".

A Margarita no la esperaba nadie. La indiferencia que la rodea le resulta atroz. Al llegar a su casa, la encuentra vacía, cuando su corazón pide con piadoso acento un poco de amor que calme su sed de compañía. Se sienta a la mesa, preparada por su doncella, para tomar

un bocado, y desganada, cierra los ojos para soñar con lo que no se ha presentado aún y que ella ansía, y lo halla en una visión que la hace estremecer de dicha.

* Sueña que un hombre la ha enamorado. Está allí, a su lado, cenando con ella y hablándole de su amor...

Pero el sueño se desvanece y sólo queda de él el recuerdo a la vez dulce y amargo...

En tanto, en otros sitios, las bonitas, las que reúnen más atractivos físicos que Margarita, gozan de los momentos de engaño que les ofrece la vida... su vida...

... ..
Al día siguiente, habiendo llegado antes que nadie al teatro, Margarita sorprende a Carlos, el "jazz-band", ensayando las variaciones que aporta a un número en la orquesta. La música es animosa, y como ese número es precisamente el suyo, no titubea en bailar, sola, sin que nadie, ni el músico, la vea.

Carlos arma un verdadero escándalo con sus múltiples instrumentos, y tal es el entusiasmo de Margarita, que da un traspie y perdiendo el equilibrio cae de las tablas sobre el tambor, con riesgo de hacerse mucho daño.

—¿Qué es esto? — exclama Carlos, mirando con asombro a la llovida de no sabe dónde.

Margarita, pasmada, hace esfuerzos por salir de su incómodo asiento.

—Me... me parece que le he roto el tambor.

—¡Vaya una ocurrencia!

—¡Oh! No sabe usted cuánto lo lamento.

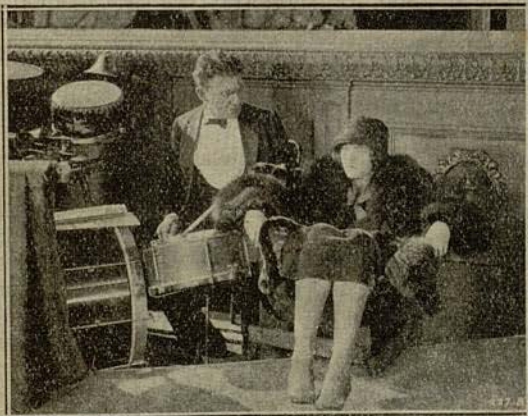
—¡Más lo lamento yo, que me quedo sin él!

—Estaba bailando, ¿sabe usted...?

—Podía bailar en su casa.

—Tiene usted razón. Pero... ¿me guardará usted rencor por el destrozo?

Carlos se ha ido calmando poco a poco.



—Me ...me parece que le he roto el tambor.

El arrepentimiento de Margarita le ha impedido a no continuar en sus agrías protestas. Una desgracia le puede ocurrir a todo el mundo. Paciencia, pues. Alquilaría, provisionalmente, otro tambor, hasta que le hubiesen reparado el de su propiedad.

Pero Margarita no quiso perjudicar a Carlos, y una hora después, antes de que él hubiese

podido ir a alquilar el tambor, le hacía mandar uno nuevo, con esta nota:

Dispense usted lo ocurrido y acepte este obsequio en recuerdo mío.

Su afectísima

Margarita Keenan.

Carlos agradecía en el alma la fineza, y durante la representación no cesó de mirar a Margarita, que le sonreía.

Al finalizar la función, el "jazz-band", algo tímido, espera a la cómica junto a la puerta del escenario.

Al verla se le acerca y la saluda respetuosamente.

—Gracias por el regalo, señorita Keenan.

—No hablemos de ello, se lo suplico, y así olvidaremos mi torpeza de esta tarde.

—Repito las gracias, y en prueba de mi gratitud me tomo la libertad de regalarle un modesto trabajo mío.

—¿Es usted compositor?

—He escrito una pieza y se la dedico a usted. Se titula "La Mosquita Azul". Me parece que el número que he imaginado sería del gusto de nuestro público, sobre todo interpretado por usted.

—Es usted muy amable.

—¿Lo acepta usted?

—¿Cómo no? Hablaré con el empresario para que se represente.

—¡Oh! No esperaba tanto.

—¿Qué camino toma usted para irse a casa?

—Por lo regular me voy en el autobús.

—Yo también. Iremos juntos... si nadie le espera...

—Soy libre como los pájaros.

—En el mismo caso me encuentro yo.

El *auto* de Margarita esperaba a la puerta. La huérfana de amor hace una seña al *chauffeur* para que vaya a casa, sin ella, y sube al autobús con Carlos. Pero su *auto* sigue al autobús, ladeándolo.

—A casa — repite Margarita al *chauffeur*, temiendo que Carlos descubra su mentira para ir con él.

En el imperial del autobús los dos artistas se sienten poseídos de una extraña timidez. A Margarita se le antoja que toca el cielo con sus manos.

—Hermosa noche, ¿verdad?

—Hermosa, sí; y, sobre todo, con este fresco que le abre a uno el apetito.

—¿Quiere usted cenar conmigo en casa?

—Muchas gracias, pero no tengo gana.

—Vamos, no disimule. Podríamos ensayar al piano ese número que me ha dedicado usted.

—Si usted se empeña...

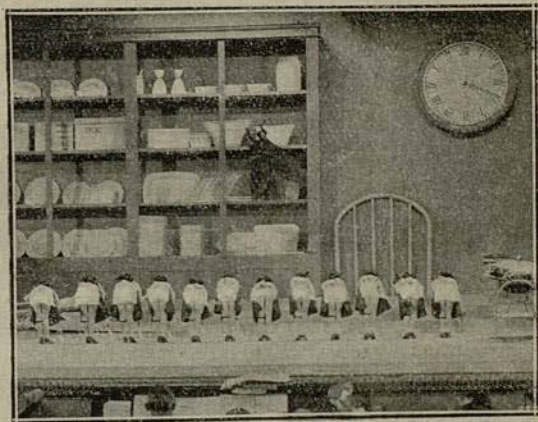
Margarita no cabe en sí de gozo; pero, cosa singular, teme que Carlos no comprenda que ella acaba de encontrar en él el alma gemela, el amigo de todos los momentos, los buenos y los malos, que su corazón andaba buscando.

Enamorado como ella, o no, el caso es que Carlos, en la mesa, junto a Margarita, en el sitio que ocupó la *víspera* la visión, hace un papel muy digno, no comiéndose el mantel por temor a una indigestión.



Algunos días después, gracias a la recomendación de Margarita, Savage se decidía a estrenar el número de "La Mosquita Azul".

El público, al solo anuncio de una variación en el programa, llenaba el teatro de bote en bote.



Una docena de lindas muchachas, ligeritas de ropa...

El número consistía en las travesuras de una mosca en un armario de cocina, revoloteando de tarro en tarro y otros utensilios, y de cocinera en cocinera.

Una docena de lindas muchachas, ligeritas de ropa, sobre todo de detrás, se conjuran para dar caza al insecto.

Al fin una idea les da la clave para destruir a la mosca, y ésta, cayendo en la trampa, se debate inútilmente en las garras de un papel engomado.

Margarita ejecuta con verdadero amor el número, y al finalizar escucha una ovación. El éxito es lisonjero. Trama y música han gustado. Se obliga a Carlos a salir a saludar.

Savage, extraordinariamente contento, bendecía a Margarita, y ni que decir tiene que tanto su esposa, que es artista también, como Selma, se roen los puños de envidia.

—¡Qué éxito tan colosal! ¡Ha sido lo mejor de la temporada! — exclama el empresario.

—Ya vendrán otros mejores — responde Selma.

La vanidosa se ha trazado un plan de venganza de Margarita.

Y cuando Carlos sonríe a todos en el escenario, satisfecho de su primer triunfo, la "estrella", tentadora y hábilmente, se le acerca y, llevándolo aparte, le habla de su deseo de ejecutar un número suyo.

—¿Usted también, señorita Selma?

—Es usted un genio en materia de números de revista, y quiero ayudarle a subir. Yo tengo una idea, y si acepta usted escribir la música, le aseguro que ganará mucho dinero.

—Acepto, ya lo creo que acepto.

—Bien. Empezaremos a preparar ese número esta misma noche. No diga ni una palabra a Margarita y de esta manera le daremos una gran sorpresa.

—Conforme.

—Hasta luego. Voy a vestirme. No tardare, Carlos.

Margarita, llena de dicha, se reúne con su amigo.

—¿Está usted contento? ¡Oh! ¡Yo también! ¡Más que nunca! Cenaremos juntos, ¿verdad? Sí, quiero que hablemos de su triunfo.

—Siento no poder acompañar a usted esta noche, Margarita. Interesantes ocupaciones no me lo permiten.

—¡Ah! Bueno, Carlos... como usted quiera. Nos veremos mañana...

Intencionadamente, la pérfida Selma, desde la puerta de su camarín, repite a Carlos:

—No tardaré, amigo mío.

Margarita finge no haber oído nada... pero al entrar en su cuarto sus lágrimas le hacen traición.

Una amiga suya irrumpe en el camarín.

—Smith, el de los diamantes, da una fiesta esta noche. ¿Quieres venir?

¡Oh! Ser buena, observar una conducta ejemplar, no tratar de ocultar imperfecciones físicas con la complicidad de los secretos de la moda, ¿a qué conduce? — se lamentaba íntimamente Margarita.

Una oleada de indignación enrojece su rostro.

—Iré contigo — responde, deseosa de aturdirse.

Pero en la fiesta, como en todas partes, Margarita es recibida como un bufón. Invitada a bailar, cuando Carlos llega acompañando a Selma, ignorante de que su buena amiga estuviese allí también, lo hace sin vacilar, para que nadie,

ni él, comprenda lo que sufre con su desvío.

Para ser más ridícula se ennegrece el rostro con un corcho ahumado, y baila grotescamente.

Carlos no está tranquilo. Comprende que no se ha portado bien con Margarita, y disimula, al lado de Selma, su arrepentimiento.

Uno de los invitados, un niño modelo de estupidez, que apenas soltado del nido paterno se embriaga como un necio para darse tono de hombre, la toma con Margarita, que parece una nave perdida en aquel mar de envidiosos e indiferentes.

—Lo que sobra son mujeres bonitas de las que enamorarse, pero usted es la sal de la tierra, Margarita.

La incauta cree que dando oídas al "pollo" dará celos a Carlos, e inconscientemente se pone a la altura de la ridiculez de aquél.

El muchacho, en un gesto de apasionamiento provocado por la calentura del alcohol, adhiere su rostro al de Margarita, tiznándose, y dándose cuenta de ello, va a contarle a todo el mundo "que Margarita tiene la cara tiznada".

—Tiznada o sin tiznar, siempre han de reírse de ella — comenta Selma.

Estas palabras suenan como bofetadas en Carlos. En un momento de lucidez el joven músico ve quien es la "estrella", y se aparta de ella bruscamente, abandonando la fiesta, imitando a Margarita, que lo había hecho un poco antes.

—¿Qué opinas? — pregunta Selma a su mejor amiga—. Tomó el portante.

—Echará de menos el tambor. No te preocupes.

A poco, Carlos, que no dudaba del sentimiento que lo impulsaba a Margarita y del que ella experimentaba hacia él, presentábase en su casa, a la que ella acababa de llegar.



La incauta cree que dando oídas al "pollo" dará celos a Carlos...

—No he podido por menos de venir a verla, Margarita. Siento mucho lo que ha ocurrido esta noche.

—No tiene usted que disculparse de nada, Carlos.

Hablando así han salido a la galería. El panorama envuelto en sombras que se distingue desde allí, es maravilloso. La noche es tibia.

—Perdone... Me olvidé... ¿Quiere usted cenar?
Debe tener apetito...

—No, Margarita, lo que tengo es necesidad...
de amar.

—Eso es más difícil de satisfacer.



—Tiznada o sin tiznar, siempre han de reírse
de ella.

—¡Qué preciosa es usted, Margarita!

—¡Oh! Sé que está usted diciendo mentiras,
pero siga, por Dios.

—Sí, yo la amo, mi bien amada. ¿Quieres ca-
sarte conmigo?

—¿CUÁNDO?

La respuesta es sofocada con un beso lleno de

cariño. Ha sido más que una exclamación de ale-
gría. Ha sido un grito de felicidad.



Obligada por su contrato con Savage, Marga-
rita terminó la temporada con el "Follies", y un
año después las cosas habían tomado un aspec-



...y un año después las cosas habían tomado
un aspecto muy distinto.

to muy distinto: era ya madre de un precioso
niño, con lo que dicho queda que no demoró su
matrimonio con Carlos.

Pero en el "Follies" no se había olvidado a
la cómica, y Selma, enviando su felicidad con
Carlos, quiso demostrar que en el teatro y fuera

de él ella era mujer capaz de enloquecer a cualquier hombre, por Carlos que se llamara.

Instado por ella, Savage, que se trasladó con su compañía a Atlantic City para dar una representación de su revista, manda llamar a Carlos para que dirija personalmente un número suyo y haga algunas modificaciones en la música a otros.

Carlos, ajeno a la idea de Selma, acude al ruego de Savage, y después de la función, que fué un éxito, los artistas reúnen para festejar la excelente recaudación.

Selma, con sus artimañas de mujer pecadora, retiene consigo a Carlos, y la tentación, apesadando en sus tentáculos al músico, hace que el hogar, donde una esposa y un hijo le esperan con ansiedad, sea olvidado en un momento de ofuscación...

Y pasó la noche sin que Carlos abandonase la habitación de Selma, una de las mejores del hotel en que se hospedaba buena parte de la compañía.

Al día siguiente, al salir del cuarto de la artista, Carlos crúzase en el pasillo con la amiga de ella.

—Buenos días — saluda, maliciosamente, la mujer.

—Buenos días, Rosina.

Un poco después, en el tren, de regreso la compañía de su "bolo", Rosina no puede callarse lo que ha descubierto aquella mañana.

—¡Habrás visto nada semejante! ¡Carlos enamorado de Selma! Se lo voy a decir a Margarita.

Savage la ataja vivamente.

—Deja tú que cada cual viva como quiera, y no te metas en lo que no te importa.

En un rincón de otro compartimiento, Selma y Carlos viajan juntos. En las miradas del músico hay extrañeza. En las de ella, esa naturalidad propia de las mujeres acostumbradas a tra-



En un rincón de otro compartimiento, Selma y Carlos viajan juntos.

tarse con muchos. A decir verdad, a Carlos le gustaba Selma, pero le parecía mentira que se hubiese olvidado de que había otra cosa mejor que el capricho pasajero: el amor de la esposa, ese amor puro y santo; y la sonrisa de su hijo,

esa fuerza misteriosa que convierte en audaces a los tímidos.

Apenas a destino, Rosina, mientras Carlos se despedía de Selma, se entrevistaba con Margarita, que presintió algo fatal al verla.

—Buenos días, Margarita... ¡Cuánto tiempo sin vernos!... No habría venido, pero ya sabes que tú y yo siempre nos quisimos, como compañeras que éramos... Pero el caso es que... No sé si debo hablar... En fin, lo que ha de ser... Cumpló un deber de amiga... Tu marido... Carlos... se está portando muy mal... El y Selma... Ya la conoces... Es capaz de todo... Esta noche... ¿Para qué contarte más?

—Rosina, si no has venido más que a eso... a fantasear acerca de la conducta de Carlos... podías haberte evitado el paseo...

—Supongo que no vas a creer que le tengo envidia a Selma.

—Te suplico que no nombres más a esa mujer ni a nadie. La vida de los otros no me interesa. Una cosa me basta: la confianza en mi marido. Dios es muy bueno y muy grande para permitir que a mi nene y a mí nos suceda nada malo.

—No gastas pocas agallas, querida. Mucho quieres a tu tambor.

—Hazme el favor de retirarte... e inútil decirte que no te recibiré más.

—Muchas gracias.

Carlos aparece en ese momento. Rosina apresura el paso, para evitarse una explicación con él.

Una pausa. Margarita auna sus energías por aparecer risueña y tranquila. Carlos, que sos-

pecha la verdad, no se atreve a ir hacia ella.

Al fin Margarita le abre los brazos.

—¡Mi Carlos! ¿Cómo fué el viaje?

Carlos déjase abrazar.

—Mira, esposa mía... yo no sé lo que te habrá contado esa mujer, pero...



—¡Bah! Ya sabes que yo conozco a las envidiosas.

—¡Bah! Ya sabes que yo conozco a las envidiosas. Vino a decirme no sé qué cosas, pero como si nada. Yo ya sé que tu profesión te obliga a alternar con toda clase de gente, pero también sé que sabes conducirte como un hombre de bien.

—Eres demasiado buena, Margarita. Un hombre es, a veces, débil, y yo quisiera decirte, compungido...

—No hables de eso, Carlos; es ridículo. Aunque todos juntos quieran separarnos, ¿quién es más fuerte, ellos o tu hijo?

—¡Tú, Margarita!

—¡No, Carlos, él! Yo me contento con que me quieras un poco.

Carlos enmudece. La emoción le priva, en aquellos momentos, del habla. Va hacia la cuna de su hijo, y mientras le contempla con adoración, Margarita murmura:

—¡Dios mío, le perdono, pero no permitas que eso suceda otra vez!

FIN

Pida usted mañana en su quiosco el último lib o de

Los Grandes Films

de "La Novela Semanal Cinematográfica"

La Conquista del Amor

Protagonistas

Aileen Pringle y Edmund Lowe

64 páginas - Numerosas fotos - Portada a bicolor

Precio 50 cts.

¡SIEMPRE LAS MEJORES PELÍCULAS!